LOS PERSONAJES DE MAX ESTRELLA Y DON LATINO EN LUCES DE BOHEMIA

POR: JOSÉ ANDRÉS TORO

 *Luces de Bohemia* es una obra en la que aparecen más de 50 personajes, procedentes de todas las clases sociales, culturales, morales… Es comprensible este hecho si entendemos como la intención última de Valle la denuncia de una sociedad en absoluta decadencia, dentro de los cánones del 98, la denuncia de una situación histórica, social y política dominada por la corrupción política, el hambre y le decrepitud moral de la sociedad.

 Los personajes de esta obra son tratados con diferentes criterios. Si bien la mayoría se ven reflejados a la manera esperpéntica que esta obra (siguiendo un camino que pasa por las propias *Sonatas* o las *Comedias Bárbaras,* o *Divinas palabras*) inaugura oficialmente, como caricaturas reflejadas en espejos deformantes (según la consabida explicación del propio Max Estrella, protagonista de la obra), otros parecen pasearse por las nocturnas calles madrileñas y sus recovecos, sus antros o sus comisarías, a la tenue luz de la cariñosa mirada del autor. Frente a la imagen del traidor don Latino, del truhán Zaratustra, los modernísimos modernistas, o el indolente Ministro, aparecen mirados con otro criterio el niño muerto y su madre angustiada (en una escena entre trágica y patética), el obrero anarquista o el redactor del periódico.

 Igualmente, sobre los personajes hay que hablar, sin lugar a dudas, de la relación entre la realidad y la ficción. Valle Inclán mezcla, qué duda cabe, voluntariamente, personajes reales con personajes de ficción y con personajes reales sometidos al filtro de la ficción en forma de pseudónimos o de alter ego de algunos personajes reales que Zamora Vicente, a lo largo de sus magníficas investigaciones sobre los personajes y la obra, ha ido destapando para los lectores. Y así, junto a Rubén Darío, aparecerán pseudónimos como el del propio Max Estrella (encubridor del poco conocido y menos reconocido por la historia de la literatura Alejandro Sawa), el de Zaratustra (que esconde la figura del editor Gregorio Pueyo) o Soulinake (alter ego del en la época conocido autor de origen extranjero Ernesto Bark). Y junto a ellos el mismísimo Marqués de Bradomín, personaje literario de las *Sonatas* de Valle (frivolidad que el propio Valle se permite en diálogo con el insigne Rubén Darío).

 Pero de todos los personajes, sin lugar a dudas, son Max Estrella y Latino de Hispalis los que mejor retratados quedan en esta tragedia (acaso antitragedia, como ha sido definida por algunos críticos).

 Max Estrella es un personaje complejo, de difícil análisis, que llega incluso a la contradicción. Es descrito con nobleza, con grandilocuencia, tanto por las acotaciones del autor (plásticas y descriptivas muchas de ellas, a la par que literarias), como por los propios parlamentos del personaje. La propia ceguera de Max, más allá de la simple identificación con el personaje real de Alejandro Sawa, lo iguala al mismísimo Homero. Será testimonio ciego (¿cómo la justicia?), de la injusticia social, de la corrupción de la clase política, de la degradación de la sociedad, de la falta de reconocimiento de sus contemporáneos en lo literario. En este sentido parece producirse en Max una cierta evolución, que va de lo personal (su mala condición económica y su enclenque salud) a lo social, colectivo, general, que lo conducirá a la muerte. Parece confesar, ante el obrero catalán su mala conciencia por la despreocupación social. Hay, en este encuentro, una definición de la evolución del personaje, que, poco a poco, va entrando en la consideración social y política, pasando de lo propiamente artístico y estético, característico de la bohemia, a la toma de conciencia ideológica que lo acerca a las consideraciones anarquistas del obrero catalán. Y, a pesar de ello, se trueca egoísta de nuevo al consentir la ayuda económica de su antiguo amigo y hoy ministro, quien le ofrece, en una escena entre lo grotesco del asunto y lo tierno de la consideración de la antigua amistad, una paga vitalicia. Esta es una de las contradicciones del personaje, así como, quizás, su dejación de funciones familiares, consintiendo la muerte de su mujer e hija.

 Valle trata a Max con la misma perspectiva deformante y esperpéntica (mirando a su personaje desde el aire, como inferior al autor, según la teoría expuesta por el propio Valle al comparar las tragedias de Homero, con héroes superiores al autor, las de Shakespeare, al mismo nivel del autor o las suyas propias, por debajo del autor). Y así pasará por un proceso de degradación personal (engaño de Latino y Zaratustra, encarcelamiento, pérdida de dignidad con el ministro, el robo de su cartera y su ridícula muerte y el patético velatorio.

 Por otro lado, Latino de Hispalis es, quizás, el personaje más esperpéntico, siempre en constante caricatura deformada, acompañado de su perrillo siendo él mismo el perro faldero (traidor y vendido al mejor postor, al dueño del hueso más grande). Zamora Vicente nos dice no haber encontrado vínculo con ningún personaje real. Afirma ser un artificio del propio Valle para dar dos caras de la misma manera, a modo de cara oscura del propio Max. Sería una manera de redondear el esperpento de la obra, cara y cruz de una sociedad degradada que se retuerce entre la supervivencia personal y la lucha obrera del momento.

 Cabría aludir también, en este breve repaso sobre los personajes de esta genial obra de Valle Inclán, los “parecidos razonables” de esta pareja con otras parejas de personajes en la tradición de la literatura española. Indudablemente, tanto por la referencia física a la ceguera de Max Estrella, como por el papel que en la pareja desempeña Latino de Hispalis, no nos es difícil trazar una línea paralela con la imagen literaria de Lázaro de Tormes en compañía del astuto y avaro ciego. Pero aquí el lazarillo carece de la primera inocencia del de Tormes, y don Latino actuará con total picardía, engañándolo en concordancia con el librero Zaratustra, o robándole la cartera en las escenas finales. No obstante podríamos ver cierto parecido entre Lázaro y don Latino en el abandono a su suerte en el que ambos dejan al personaje ciego, moribundos ambos, aunque si en el personaje de Lázaro todos vemos cierta justicia poética en este hecho, en la actuación de don Latino hay una clara manifestación de la degradación moral del personaje.

 No sería descabellado entrever aquí también la sombra de otra pareja fundamental de la literatura, como es la de don Quijote y Sancho, en la reflexión que se produce en algunos parlamentos o en el carácter altivo e incluso ético que, en ocasiones, muestra Max.

 Finalmente, para terminar, esta obra, en ocasiones planteada como coral, por la presencia de tantos personajes, deja, definitivamente, una huella en nuestro teatro, con la presencia de un personaje crucial, como Max Estrella, erigido en símbolo de nuestro teatro al dar nombre a los premios que la Academia otorga anualmente.

JOSÉ ANDRÉS TORO